

III Domingo de Adviento, Ciclo A.

EL ESCÁNDALO ANTE JESÚS

Juan, que estaba en la cárcel, oyó hablar de las obras de Cristo, por lo que envió a sus discípulos a preguntarle: "¿Eres tú el que ha de venir, o tenemos que esperar a otro?" Jesús les contestó: "Vayan y cuéntenle a Juan lo que ustedes están viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y una Buena Nueva llega a los pobres. ¡Y dichoso quien no se escandalice de mí!" Mt 11, 2-11.

A la pregunta de los discípulo de Juan, Jesús responde que se está verificando en su persona todo lo anunciado por los profetas sobre el Mesías, y que por tanto no hay que esperar a otro: han llegado los tiempos mesiánicos, los tiempos de Cristo, el único Salvador.

Jesús añade: "Dichoso quien no se escandalice de mí". Es decir: feliz quien no se sienta decepcionado, o no crea en mí por esperar de él un reino temporal al estilo de los demás reinos.

En todo tiempo hay quienes se escandalizan de Jesús, y por eso buscan "otros salvadores" que propongan un camino más fácil, sin cruces. Pero sólo Jesús es Salvador, el único que puede darnos lo que necesitamos y deseamos: paz, alegría y vida eterna.

Se trata del *escándalo de la cruz*, del que habla san Pablo: "*Nosotros predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos*" (1Co, 1, 23). La cruz abrazada y ofrecida es el único el camino posible hacia la resurrección y la gloria, pues lo eligió el mismo Hijo de Dios. Sería fatal equivocarse de ruta...

Jesús viene a conquistar el reino eterno para él, para cada uno de nosotros y para la humanidad, mediante la humillación de la cruz y la gloria de la resurrección.

Tal vez nos escandalizamos también nosotros, y no queremos acoger y asociar nuestras cruces a la de Cristo, por la propia salvación, la salvación de los nuestros y la del mundo. La cruz asociada a la de Jesús, que la comparte con nosotros, reduce su peso y produce un gran peso de felicidad eterna, e incluso temporal.

El temor a la cruz y a la muerte se supera mirando a la resurrección y al gozo eterno que Jesús nos mereció. Él mismo alivia nuestras cruces con la paz y la esperanza: "*Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré*" (Mt 11, 28). "*Los padecimientos de este mundo no tienen comparación alguna con la gloria y el gozo eterno que nos espera*" (Rm 8, 18)

Padre Jesús Álvarez, ssp

